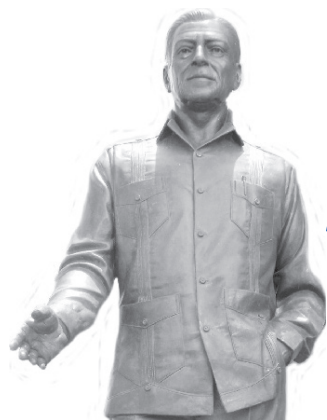




Mi tío Ramón

(6 de febrero de 1954)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



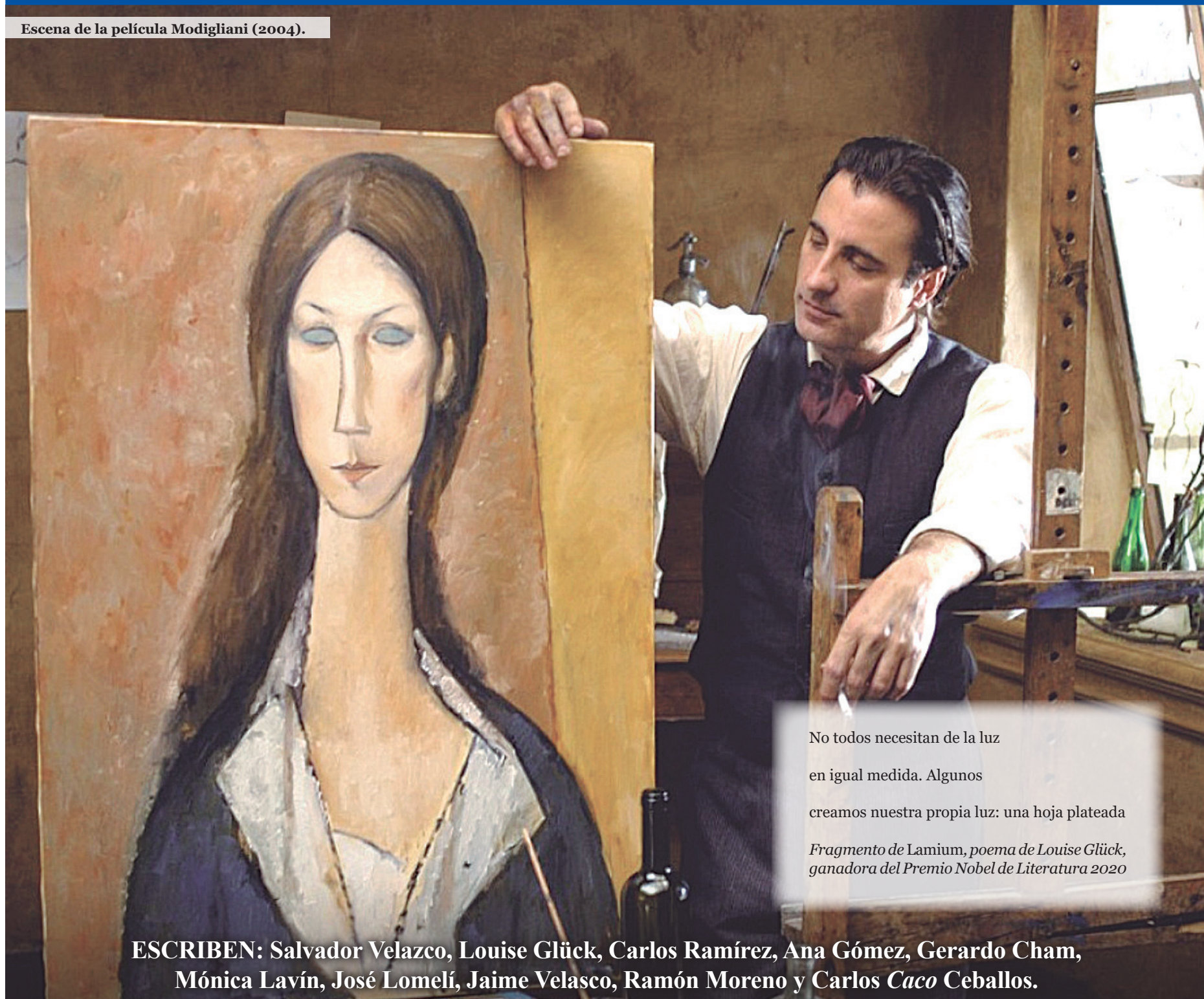
Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2613

DOMINGO 11 DE OCTUBRE DE 2020

Escena de la película Modigliani (2004).



No todos necesitan de la luz
en igual medida. Algunos
creamos nuestra propia luz: una hoja plateada

*Fragmento de Lamium, poema de Louise Glück,
ganadora del Premio Nobel de Literatura 2020*

ESCRIBEN: Salvador Velazco, Louise Glück, Carlos Ramírez, Ana Gómez, Gerardo Cham,
Mónica Lavín, José Lomelí, Jaime Velasco, Ramón Moreno y Carlos Caco Ceballos.



A las nueve en punto

Modigliani en Budapest

Salvador Velazco

Cuando llegué a Budapest esa noche de julio de 2016 no imaginaba la grata sorpresa que me aguardaba. En la estación del tren tomé un taxi para dirigirme al hotel en que me hospedaría, ubicado en uno de los históricos distritos de Buda. La capital de Hungría está conformada por dos grandes ciudades, Buda hacia el oeste y Pest hacia el este, separadas por las aguas del caudaloso río Danubio. Al cruzar el famoso Puente de las Cadenas, uno de los más antiguos que une a las dos ciudades, vi cómo se recortaba en lo alto de una colina una imponente fortaleza bellamente iluminada: era el castillo de Buda, la residencia de los reyes húngaros a lo largo de la historia. Mi hotel estaba situado a unas pocas cuadras del otrora palacio real, así que lo primero que hice en la mañana siguiente fue caminar hacia el castillo.

Y ahí estaba esperándome Amedeo Modigliani. El castillo de Buda, la antigua sede de la corte real ahora alberga la Galería Nacional en donde se puede apreciar la obra de artistas húngaros en las colecciones permanentes. Para mi fortuna, se estaba presentando una exposición especial de esculturas, pinturas y dibujos del artista italiano, y gracias a ello pude sumergirme en el universo de uno de los grandes maestros del arte europeo en el siglo XX. Ya había tenido la oportunidad de apreciar algunas de sus pinturas en otros museos, pero no había tenido la suerte de estar en una exposición dedicada especialmente a Modigliani, por quien siento una gran admiración.

Nacido en el seno de una familia judía sefardí en la ciudad italiana de Livorno en 1884, Modigliani estudió el arte del renacimiento en Venecia y Florencia, antes de ir a París en 1906. En la Ciudad Luz, centro vital de la cultura europea a principios del siglo XX, pronto se va a unir Modigliani a la familia de artistas y escritores bohemios que se congregan en los barrios de Montmartre y Montparnasse, algunos inmigrantes como él, entre ellos Pablo Picasso y Diego Rivera. Para sobrevivir, hace dibujos a los asistentes a los cafés del barrio e intenta vender sus pinturas y esculturas sin tener mucho éxito. En París conocerá a la que será la mujer de su vida, Jeanne Hébuterne, una francesa que le dio una hija y que lo acompañó más allá de la muerte. La única exposición de sus obras fue en 1917 en la galería de Bertre Veill, con mala fortuna, ya que fue cancelada por la policía por las 'obscenas' pinturas de los desnudos femeninos.

En realidad, el artista italiano ejemplifica el modelo del 'poeta maldito', término acuñado por Paul Verlaine para referirse a autores como Charles Baudelaire, Arthur Rimbaud o el Conde de Lautréamont, seres solitarios entregados por completo a la creación de sus obras sin importarles muchas veces las penurias económicas, adictos en su mayoría al alcohol y a las drogas. Víctima de una meningitis ocasionada por la tuberculosis que lo aquejó desde muy joven, Modigliani murió en París en 1920 a la edad de 35 años. Estamos a cien años de su fallecimiento. Fue sepultado por un séquito de buenos amigos (artistas como él) en el cementerio parisino del Père Lachaise. Al igual que Vincent van Gogh, no tuvo mayor reconocimiento en vida, pero en la actualidad las obras de estos artistas

son de las más cotizadas en el mundo.

Aquella mañana de julio de 2016, en la Galería Nacional Húngara, recorrí por varias horas las diferentes salas que integraban la exposición dedicada a Modigliani. La de sus esculturas, me revelaron a un artista obsesionado por extraer de los bloques de piedra cabezas femeninas como si fueran deidades con improntas africanas o egipcias. Se advierte ya la mezcla de tradiciones culturales que van a confluir en su obra: el arte

clásico de occidente, las máscaras de África y las efigies del antiguo Egipto. Quizá la escultura fue la mayor pasión de su vida, pero la tuvo que abandonar porque el polvo de la piedra cincelada afectaba sus pulmones, maltrechos por la tuberculosis. Además, dada su permanente crisis económica, le resultaba difícil adquirir los materiales necesarios. Resulta por lo menos irónico que una de sus esculturas, *Tête*, que hizo en piedra caliza entre 1910-1912, se haya convertido en uno de los objetos artísticos más caros jamás vendidos.

Al abandonar la escultura, Modigliani se dedicó a la pintura primordialmente. La mayor parte de la exposición que vi en Budapest me permitió apreciar una gran cantidad de los retratos que hizo el artista italiano, pues no eran de su interés las escenas urbanas o del campo que tanto les importó a pintores impresionistas como Renoir o Monet. Modigliani pinta a escritores y artistas: Jean Cocteau, Juan Gris, Pablo Picasso, Diego Rivera, Chaïm Soutine, Max Jacob, Léopold Zborowski, entre muchos otros. Igualmente, retrata a múltiples personas que acuden a su estudio en Montparnasse con el propósito de ver su figura reflejada en un lienzo como si fuera una fotografía. Hay elementos distintivos del arte del retrato en Modigliani: el alargamiento de los rostros y el cuello, los ojos en forma de almendra que casi siempre carecen de iris (influencia de las máscaras africanas) y la posición frontal de los retratados que rara vez se dibujan de perfil. Clavan su mirada en nosotros los espectadores: son figuras solitarias que no parecen sonreír nunca.

Parecería que Modigliani nos dice que la condición humana está envuelta en un aura de melancolía y de misterio que se expresa en nuestra fisonomía. Sin embargo, acaso su mayor aspiración como artista haya sido buscar una dimensión espiritual más allá de la mera apariencia física de cada uno de los semblantes que pintó, como si su mayor deseo hubiera sido el intentar penetrar en los secretos del alma humana. A la mujer amada que pintó varias

veces, Jeanne Hébuterne, la misma que se suicidó dos días después de la muerte de Modigliani, le dijo: "Cuando conozca tu alma, pintaré tus ojos".

En el marco del centenario del fallecimiento del pintor y escultor italiano se estará presentando hasta diciembre, en el Museo del Palacio de Bellas Artes, la exposición "El París de Modigliani y sus contemporáneos". Muchas de las obras han cruzado por primera vez el Atlántico para estar presentes en la Ciudad de México. Sería un buen momento para redescubrir a Modigliani. Les dejo aquí el vínculo de la muestra:

<http://museopalaciodebellasartes.gob.mx/modigliani/>



Parecería que Modigliani nos dice que la condición humana está envuelta en un aura de melancolía y de misterio que se expresa en nuestra fisonomía.

La poesía de Louise Glück

Ágora

“ Por su inconfundible voz poética que con una belleza austera hace universal la existencia individual”, la academia sueca entregó el Premio Nobel de Literatura 2020 a Louise Glück, autora de más de una decena de libros con los que ha levantado una sólida trayectoria poética que ha sido ampliamente reconocida por la crítica.

La mayoría de sus poemarios han sido traducidos al español y publicados en la editorial Pre-Textos, entre los que destacan *Vita Nova*, por el que fue galardonada con el Premio de Poesía de The New Yorker “Meadowlands”, y que muchos consideran su mejor obra.

La poeta y también ensayista de 77 años, es autora de *The Wild Iris* (*El iris*

Lamium

Louise Glück*

Así se vive cuando tienes un corazón helado.

Como yo: entre sombras, arrastrándose sobre la roca fría,
bajo las copas inmensas de los arces.
El sol apenas me alcanza.

A veces, al comenzar la primavera, lo veo elevarse a lo lejos.

Luego crecen las hojas sobre él, hasta cubrirlo todo.

Siento su brillo entre las hojas, vacilante,
como quien golpea un vaso con una cuchara de metal.

No todos necesitan de la luz en igual medida. Algunos creamos nuestra propia luz: una hoja plateada como un sendero que nadie puede recorrer, un lago de plata poco profundo bajo la oscuridad de los arces.

Pero esto ya lo sabes.

Tú y aquellos que piensan que viven por la verdad, y en consecuencia,
aman todo lo que es frío.

Del libro *El iris salvaje*.

salvaje), con el que recibió el Premio Pulitzer de poesía en 1993 y el Premio William Carlos Williams de la Poetry Society of America, así como de *Ararat* (1990) que recibió el Premio Nacional de poesía Rebekah Johnson Bobbit; y *The triumph of Achilles* (*El triunfo de Aquiles*, 1985) que recibió, entre otros, el National Book Critics Circle Award.

“Cuando lees algo que merece recordarse, liberas una voz humana: devuelves al mundo un espíritu compañero. Yo leo poemas para escuchar esa voz. Escribo para hablar a aquellos a quienes he escuchado”, dijo Glück sobre su obra, inscrita en la llamada poesía “post-confesional”, sin intenciones políticas ni declaraciones en primer plano y en la que el yo nunca está por delante del poema.

El vestido

Se me secó el alma.
Como un alma arrojada al fuego,
pero no del todo,
no hasta la aniquilación. Sedienta,
siguió adelante. Crispada,
no por la soledad sino por la desconfianza,
el resultado de la violencia.

El espíritu, invitado a abandonar el cuerpo,
a quedar expuesto un momento,
temblando, como antes
de tu entrega a lo divino;
el espíritu fue seducido, debido a su soledad,
por la promesa de la gracia.
¿Cómo vas a volver a confiar
en el amor de otro ser?

Mi alma se marchitó y se encogió.
El cuerpo se convirtió en un vestido demasiado grande
para ella.
Y cuando recuperé la esperanza,
era una esperanza completamente distinta.

Del libro *Vita Nova*.

*Poeta ganadora del Premio Nobel de Literatura 2020

DIARIO DE COLIMA

Convoca

A escritores nacidos o radicados en Colima desde al menos 5 años atrás, a participar con trabajos literarios en el certamen

PREMIO ESTATAL DE VIÑETAS

Manuel Sánchez Silva 2020

Bajo las siguientes

BASES

- 1.- Podrán participar los escritores y escritoras sin importar la edad, que envíen una viñeta con una extensión mínima de 5 cuartillas y máxima de 15.
- 2.- Los temas de la viñeta deberán tener relación con las costumbres colimenses, los habitantes y figuras singulares del folclor social, así como las crónicas sobre la actualidad social de Colima.
- 3.- Se entiende por viñeta un texto en prosa que comparte elementos con la crónica y el cuento, pero que privilegia la imagen y el retrato, el aguafuerte sobre determinadas circunstancias que hacen de la entidad o de la sociedad algo distinto a las del resto del país.
- 4.- Los trabajos deberán entregarse en sobre bolsa por triplicado, engargolados e impresos en hojas tamaño carta, a doble espacio y con letra Times New Roman de 12 puntos. Deberán firmarse con seudónimo y acompañarse con un sobre aparte y cerrado dentro del sobre bolsa, que contenga la identificación del autor, su nombre, domicilio, número telefónico y correo electrónico.
- 5.- Todos los trabajos, sin excepción, deberán acompañarse con un respaldo en disco compacto, grabado en archivo de Word y previamente desinfectado de virus.
- 6.- Las viñetas deberán enviarse a las instalaciones de Diario de Colima, ubicadas en Avenida 20 de Noviembre No. 580, Colonia San Pablo, Colima, Colima. CP 28000.
- 7.- La fecha límite de entrega de trabajos es el 1 de noviembre de 2020, a las 23:59 horas. Los trabajos que lleguen en fecha posterior, serán tomados en cuenta siempre que la fecha del matasellos del correo como máximo coincida con la del cierre de la convocatoria.
- 8.- Los trabajos serán calificados por un jurado integrado por personalidades de reconocido prestigio en el campo de las letras y el periodismo, cuyos nombres serán dados a conocer con oportunidad. Su fallo será inapelable.
- 9.- Se otorgarán 3 premios: \$10,000.00 (Diez mil pesos) al primer lugar; \$3,000.00 (Tres mil pesos) al segundo lugar; \$2,000.00 (Dos mil pesos) al tercer lugar, en efectivo y diploma. Se otorgarán menciones honoríficas a los mejores trabajos no ganadores, si el jurado lo considera pertinente.
- 10.- Los trabajos se recibirán a partir de la publicación de la presente convocatoria.
- 11.- Los ganadores serán dados a conocer el viernes 6 de noviembre y la premiación tendrá lugar el sábado 7 de noviembre. Las viñetas premiadas se publicarán en el suplemento cultural Ágora de Diario de Colima.
- 12.- Los casos no previstos en esta convocatoria, serán resueltos por los organizadores.

Colima, Colima, a 5 de octubre de 2020.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Mi tío Ramón

Don Manuel Sánchez Silva

(6 de febrero de 1954)

En la numerosa familia de mis abuelos maternos, las mujeres se destacaron por sus virtudes de laboriosidad, abnegación y orden, en tanto que los hombres exhibieron desde niños un cierto sentido artístico, que lo mismo improvisaba en cada uno de ellos un poeta en ciernes, un escultor en agraz o un filarmónico en embrión. Poseían naturales facultades para intentar innumerables actividades, pero todos carecieron del carácter necesario para persistir en un esfuerzo.

Mi tío Ramón fue el más singular y pintoresco de los hermanos de mi madre. Por partes iguales concurrían, para integrar su personalidad, la inteligencia impráctica, la paciencia inmovible y la filosófica renunciación a todas las vanidades del mundo.

Su única preocupación, si es que tuvo alguna, fue la de vivir a su modo, sacrificando, anticipadamente, comodidades y privilegios, a la tranquilidad espiritual de sentirse exento de responsabilidades y deberes. Para no cargar con el fardo de obligaciones, gustosamente prescindió de los derechos.

Apenas hubo terminado el cuarto año de primaria, hizo dos cosas: proscribió el traje de señorito, impuesto por la costumbre y exigido por la posición social de la familia, y declaró rotundamente que no estudiaría más.

Por algún tiempo, se dedicó a la vida contemplativa, vistiendo camisa y calzón de manta sostenido por un vistoso ceñidor enrollado a la cintura, usando sombrero de “petate” y calzando guaraches de correa, de los llamados de “dos riendas”.

Un buen día mi abuelo, que era hombre severo y puntilloso, frunció el ceño. Había dejado que Ramón holgazaneara por algún tiempo, esperando que pronto se aburriera de su estrafalario atavío y, sobre todo, de no hacer nada. En vista de que el muchacho no daba trazas de reaccionar, intervino el padre y lo mandó al seminario, especialmente recomendado a la intransigencia del rector, el inolvidable padre Carrillo, célebre por su oratoria, elegancia y severidad de forjador de juventudes.

¡Ah, pero el padre Carrillo no había tenido nunca un alumno de los recursos de mi tío Ramón! Tenía resuelto no estudiar ni ser nada en la vida, y a ver quién era el guapo que pudiera quebrantar su propósito...

Para que asistieran a la misa de cinco, con la que se iniciaban las reglamentarias actividades seminariles, se despertaba a los muchachos una hora antes. El encargado de esa consigna recorría los dormitorios, moviendo y hablando por su nombre a los yacientes estudiantes de teología, pero el sueño de Ramón resistió victoriosamente los procedimientos habituales y cuando por fin se lograba que abriera los ojos, era bien poco lo que se ganaba con ello, pues entonces se desarrollaban verdaderas escenas de sainete.

—¡Levántate, Ramón! -gritábanle al oído.

—¡Levántate, Ramón! -repetía mi tío, perfectamente despierto, pero con gesto, mirada y tono inexpresivos.

—Ándale, flojo, que ya van a dar la segunda.

—Ándale, flojo, que ya van a dar la segunda -reproducía como un eco fiel la voz de mi tío.

—Si no te levantas, voy a llamar al señor rector.

—Si no te levantas, voy a llamar al señor rector...

Y como el tiempo urgía, el encargado se resignaba a dejar por la paz a Ramón y ocuparse de otros dormilones menos renuentes.

Cuando el padre Carrillo se enteró de lo que ocurría, intervino personalmente, sin otro resultado que comprobar la veracidad de los informes de sus subalternos. Ramón soportaba todo: empellones, golpes y duchazos de agua fría, con un estoicismo de místico y una impasividad de iluminado, mientras se limitaba a repetir todo lo que se le decía.

Naturalmente que a los dos o tres meses de esta vida absurda, el fallido teólogo fue devuelto a su casa. Era un caso perdido.

Mi madre tenía una hermosa voz de soprano, que le valió figurar siempre en la mejor sociedad de Colima, en un ambiente de admiración y de elogio. Por la época en que Ramón retornó al seno familiar, desahuciado del seminario, un famoso maestro de canto, don Valentín Rojas Vértiz, había sido contratado por mi abuelo para enseñar y cultivar la voz de su hija predilecta. Por efectos de una antipatía espontánea, Ramón se propuso sabotear la enseñanza y amargarle la vida a don Valentín, que era un apasionado de la

música y veía en mi madre la ilusión de que fuera a través de su educación y su enseñanza, la obra maestra de su vida artística.

Pero Ramón tenía siempre algo que hacer en la sala, cuando discípula y maestro se encontraban dedicados a vocalizaciones, ejercicios y escoletas.

En el preciso instante en que mi madre atacaba el “re” sobreagudo del “Aria de la Locura” de la ópera de *Lucía de Lammermoor*, y don Valentín se crispaba de emoción, anhelante y tenso, prorrumplía Ramón en el estudio.

—Oye, Lola, ¿no has visto mi lezna de cabo de cuerno?, quiero arreglar un guarache que trae la correa floja...

La nota quedaba en el aire, inconclusa y desperdiciada, y don Valentín cerraba los puños, experimentando la nostalgia de un arma cualquiera: una pistola, una retrocarga o siquiera un cuchillo de carnicero.

En cierta ocasión, don Valentín no pudo controlar sus nervios y castigó una de las tantas irreverentes interrupciones de Ramón, estrellándole en la cabeza un fino florero de porcelana, y lo corrió del estudio con el mismo ademán fulmíneo con el que el ángel del paraíso le dijo a Adán:

—Eso se llama puerta y sirve para largarse por ella.

Ramón se vengó de la injuria en forma verdaderamente artística: ocupó sus ratos de ocio, que eran las horas del día, en esculpir, con un pequeño trozo de mármol, el juicio final. Hizo un trabajo notable. En él aparecía sobre una eminencia desolada, el padre eterno rodeado de santos, ángeles y almas compurgadas y admitidas en el cielo. Ramón estaba entre ellas, destacándose su fisonomía en un sitio inmediato al señor y abajo, en un pantano infernal, debatiéndose en el cieno del averno, una muchedumbre de diablos, réprobos y condenados irredimibles, en quienes se encontraba don Valentín Rojas Vértiz...

Mi tío Ramón tocaba todos los instrumentos musicales sin descollar en ninguno, era un extraordinario lírico. Cuando la fiebre amarilla diezmó la población de Colima causando la muerte de mi abuelo y de Gregorio -su hijo mayor-, la familia se trasladó a Tonila, huyendo de la peste. Mi abuela rentó una casa grande y compró unas vacas para ayudarse a vivir. Durante el día, los animales pastaban en un terreno inmediato y a la hora de la oración, se les conducía hasta el amplio corral de la finca.

Una noche de tantas, la familia acababa de acostarse y Ramón se entretenía tocando flauta, recostado en una cama de tablas, cuando se escuchó un ruido en el patio. Una vaca dañera había logrado abrir la puerta del corral y andaba quebrando macetas y mordisqueando las plantas de espinos, que eran orgullo de mi madre y sus hermanas. Todas apremiaron a Ramón a que suspendiera su melodía y volviera la vaca al corral, pero Ramón no estaba dispuesto a dejar de tocar, ni menos a levantarse de la cama.

Cuando se advirtió la ineficacia de las órdenes y los gritos, se recurrió a la acción directa y empezaron a llover sobre el filarmónico obstinados zapatos, almohadas, cestos de costuras y cuantos objetos había a la mano, sin que Ramón se incorporara, ni los golpes que frecuentemente soportaba en la cara y en el cuerpo alteraran el ritmo de su tocata.

El impacto producido por el cajón del buró, puso fuera de apoyo el extremo de una de las tablas de la cama, que cayó estrepitosamente provocando que las demás también lo hicieran. Ramón dio con sus huesos en el suelo, pero continuó tocando su flauta sin perder ni una nota ni el compás.

En vista del estado de excitación en que se encontraba mi abuela, las mujeres lograron levantarse y, sobreponiéndose al miedo, volvieron a la vaca a su corral, habiendo sido necesario después prender lumbre y prepararle a la señora de la casa una tisana caliente para calmar su nerviosismo e irritación. Todo esto se hizo entre reproches y amenazas que se llevaron la mayor parte de la noche, sin que Ramón hubiese dejado de tocar su flauta.

Un libro entero podría escribirse sobre las aventuras y genialidades de mi tío Ramón, de quien volveré a ocuparme alguna otra vez. Por ahora es suficiente lo anterior, para presentarlo como un extraño tipo que buscó y encontró la felicidad en el desentendimiento de todas las cosas importantes de la vida. Fue un filósofo impávido y amable, que tuvo la sabiduría de vivir como él quiso, al margen de disciplinas, preocupaciones y responsabilidades. ¡Y vivió mucho tiempo!

* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.†



Leer bajo el volcán

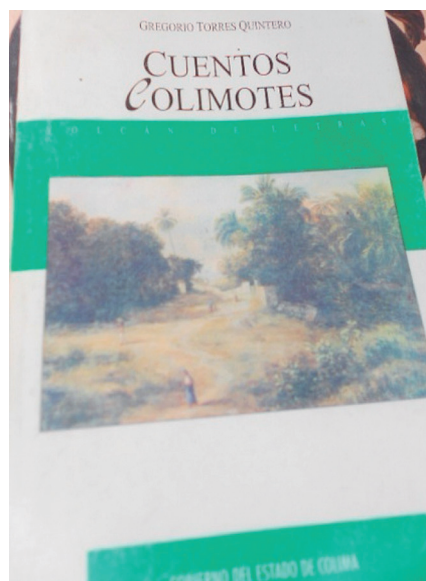
Cuentos colimotes, de Gregorio Torres Quintero

Carlos Ramírez Vuelvas

La vasta, cuantiosa, inagotable obra intelectual del enorme pedagogo y escritor que fue Gregorio Torres Quintero, se podría concentrar en su primer y en su último libro.

El primero, *Versos y leyendas*, es apenas el inicio del último: *Cuentos colimotes*. La vocación de ambos es la vocación intelectual de Torres Quintero: fundar la enseñanza de una lengua para nombrar la identidad de una cultura. Nada más y nada menos. En *Versos y leyendas* están las huellas de su formación intelectual, donde destaca la presencia de su maestro Enrique Rébsamen; en *Cuentos colimotes* el portento de su maestro en la plaza pública, Ignacio Manuel Altamirano.

El primero lo enseñó a aprender, del segundo aprendió a enseñar. Así escribió *Cuentos colimotes*, con el propósito de reunir una serie de leyendas regionales para definir una identidad: el imaginario popular sobre el paisaje, sobre las playas, sobre los ríos, sobre el trópico nuestro. Los invito a leer *Cuentos colimotes* de Gregorio Torres Quintero. Los invito a leer literatura.



Iluminación de Rimbaud

Gerardo Cham

Sucedió en Harar, al este de Etiopía. Verano de 1882. Aquella mañana, el calor sofocante y los mosquitos habían impedido que Arthur Rimbaud conciliara el sueño. Harto del insomnio decide levantarse a caminar. En las calles de tierra la niebla húmeda intensifica el bochorno del verano. Un perro sarnoso lo sigue sin dejar de mover la cola, hasta una finca reducida a escombros. Los estragos del tifus han devastado familias enteras. Al perro le parece más interesante quedarse a husmear el humo lardoso que brota entre ladrillos chamuscados. Rimbaud sigue andando, a paso lento, pues otra vez ha vuelto a inflamarse la rodilla. Cuando llega hasta una de las cinco puertas que bordean el casco amurallado, se detiene. Dos hienas devoran trozos de un burro que aún parece adormilado. Una extraña fascinación lo mantiene en vilo. Debió ser un ataque artero, apenas unos minutos antes, pues las dos hienas todavía se disputan la carne más jugosa del vientre. Cualquier persona sensata hubiera permanecido quieta, siempre a una distancia prudente. Pero Arthur Rimbaud nunca fue un hombre sensato, así que se acercó.

Unas horas más tarde contaría a Djami Wadai, su joven sirviente, que sintió una necesidad imperiosa de mirar lo

más cerca posible aquellas dentelladas sangrientas. Pero fue tal su imprudencia que, además de acercarse trató de tocar sangre fresca del vientre que estaba siendo desgarrado. En un segundo, una de las hienas giró el hocico y lo prendió del brazo. Rimbaud no sintió dolor, pues sus músculos estaban anestesiados por chorros de ácido. Un par de niños descalzos se detuvieron a contemplar la escena. Con gestos de burla se dijeron que debía ser uno de esos ingenuos europeos acostumbrados a probar su valentía embriagándose sin pudor frente a las bestias del campo.

Como pudo, logró zafarse del animal enfurecido. Tras alejarse un poco trató de hacerse un torniquete con la cinta de lino que llevaba en la cintura. Rimbaud regresó por donde había venido. Sangraba del brazo, es verdad, pero sus ojos reflejaban un fulgor clarividente, y de su boca manaba un vapor semejante al ectoplasma de un médium. Volvió a sentir la misma rabiosa felicidad que experimentó una noche, siendo jovenzuelo, mientras escribía *Une Saison en enfer* metido en la buhardilla de una granja en Charleville. Aquella noche, igual que esa madrugada en un rincón de África, tuvo la certeza de haber sido mordido por el frío infame de una bestia.

La forma del tiempo

Ana Gómez Elena

Quimera de espadas que al amor devora

Eros inmóvil bajo sus alas de plomo

sombra escurridiza

morador de Kronos, antecesor de muerte

visitador de viejos

Un fantasma el tiempo

que desvanece los instantes,

que agujera los relieves de los gestos de mi padre

Estela de luz entre las grietas

de las columnas del centro,

Es el vaho en la voz de las montañas

Es Morfeo disfrazado de día

y Ananké danzando como gata astuta tras los hombres.

Es el espectro amorfo inevitable

que receloso cuida el manantial de sangre,

ese elixir de lo eterno

Es mi madre, mi abuela y nuestras hijas de sangre

hirviente

que gotean eternas sobre el recuerdo

y no evaporan los calores del olvido

Es inútil encontrarle forma clara,

pues el viento mismo lo traspasa

El tiempo es un fantasma

que me arrastra de rodillas sobre las rocas de las horas,

y me hace beber los rastros de otras voces

que ya no pasan.

Rugidos literarios

Un preventivo del futuro

José María Lomelí Pérez

“Las bibliotecas me criaron. No creo en los colegios ni en las universidades. Creo en las bibliotecas, porque la mayoría de los estudiantes no tienen dinero. Cuando me gradué de la secundaria, fue durante la depresión y no tenía dinero. No pude ir a la universidad, así que fui a la biblioteca tres días a la semana durante diez años”. Ray Bradbury.

Como muchos de los hallazgos más sorprendentes, mi descubrimiento de la obra literaria de Ray Bradbury ocurrió por mera serendipia (esto es: como un descubrimiento afortunado producido por casualidad o de forma fortuita), durante la escucha de un programa radiofónico llamado Narraciones Nocturnas. Transmitido en punto de la medianoche por la ya extinta X-E-B-CO, La Poderosa Voz de Colima, confieso que durante bastante tiempo llegué al extremo de cuestionarme su propia existencia, pues por más que preguntaba y realizaba búsquedas prolongadas por los casi siempre intrincados caminos de internet, nadie

más que yo parecía haberlo escuchado. No siendo sino hasta el momento en el que escribo el presente artículo que, tras un nuevo intento que erróneamente supuse infructuoso, lleno de entusiasmo logré reencontrar, descartando la idea, que muchas veces me llegué a plantear, de que aquel recuerdo se tratase solamente

de una simple jugarreta de mi mente juvenil, lo cual (de haber resultado cierto) revestiría dicho descubrimiento de un aire aún más prodigioso.

Emérito en tal horario con el objetivo de aprovechar el cobijo de la noche como un elemento de valor extra a aquellas historias impregnadas de atmósferas inquietantes y especulativas, en ese programa y por aquella frecuencia desfilaron innumerables ficciones clásicas de la literatura de terror, ciencia ficción, suspenso, erótica y policíaca, además de crónicas y leyendas que hacían las delicias de los radioescuchas más gustosos de romper la cotidianidad del día concluido experimentando un buen escalofrío, dejando volar su imaginación hacia escenarios y regiones dibujados por las plumas de Edgar Allan Poe, Bram Stoker, Horacio Quiroga, Almudena Grandes, Edith Wharton, H. P. Lovecraft y, entre muchos otros, el estadounidense Ray Bradbury.

Catalogado a menudo como un escritor

de ciencia ficción, Ray Bradbury (nacido un 22 de agosto de 1920 en Waukegan, Illinois) no se encontraba muy cómodo con dicha clasificación, pues se consideraba más a sí mismo un escritor de fantasía y un narrador de cuentos con propósitos morales. Él mismo alguna vez señalaría lo siguiente: “En mis obras no he tratado de hacer predicciones acerca del futuro, sino avisos...”.

“Se me han acercado japoneses para ponerme un walkman en las orejas y decirme: ‘¡Con *Fahrenheit 451* usted inventó esto, señor Bradbury!’”. Mi respuesta fue: ‘No, gracias’. Estamos rodeados de demasiados juguetes tecnológicos, con Internet, los iPod, los iPad... La gente se equivocó. Yo no traté de prever, sino de prevenir el futuro. No quise hablar de la censura sino de la educación que el mundo necesita...”.

Justo sobre esos juguetes tecnológicos, sobre nuestra excesiva dependencia a los mismos y la relajación de los estándares morales versaba la primera historia que conocí de ese genio autodidacta. Titulado La pradera, este cuento habla sobre una familia futurista en la que los padres regalan a sus hijos una habitación de juegos cuyas paredes, techo y piso son capaces de recrear con total realismo un lugar completamente salido de su imaginación. Y es que bastaría con pensar en *El País de las Maravillas* o en

el *País de Oz* para que aquella habitación, por medio de olorificadores, acústica específica y recreaciones en tercera dimensión, proyectara lo vislumbrado en la imaginación de su usuario, siendo tan realista como éste lo quisiera.

Recuerdo escuchar esa historia en un pequeño radio de baterías, acostado y en la total penumbra de mi cuarto. Y recuerdo también mi asombro al descubrir junto a los sorprendidos padres cómo los antes mágicos escenarios imaginados por sus hijos se habían convertido de repente en la cruda, inclemente, salvaje y peligrosa sabana africana. Con un final sorprendente y que en verdad mueve a la reflexión, dicha radioficción cumplió con la misión de presentarme a un autor fuera de serie. Uno cuyas historias no sólo deseaba seguir leyendo, sino que me marcaron profundamente al grado de recordar el orden de mis dos descubrimientos posteriores: La sirena y La bruja de abril. Textos que tan pronto como leí, agregué a mi lista de favoritos.



A principios del verano del año en curso, con las cifras más altas por contagios de Covid-19 en California, Jonás tuvo el impulso de aprender a tocar la flauta transversal. Por la contingencia sanitaria, de lo que más disponía era de tiempo libre. La idea de tocar algún instrumento lo había asaltado en varias ocasiones a lo largo de su vida. En los años de la secundaria en la ciudad de la tuba y el alfajor, la familia de Jonás contaba con un órgano de doble teclado, ritmos variados y pedales. Entonces estaba de moda el organista Juan Torres. Por espacio de seis meses Jonás tomó clases quincenales en su ciudad natal. Dos horas de camino en autobús para una hora de estudio en las instalaciones de la Yamaha, ubicada en la céntrica calle de Reforma. Entonces Jonás aprendió un poco de solfeo y logró tocar sobre la marcha de los meses varias melodías: *Fascinación*, *Más*, *Vereda tropical*, *Tema de Lara*, *Yesterday*...

Hacia los años de la prepa, Jonás intentó probar suerte con otro instrumento, dio un abono de dos mil pesos por la compra de un violín, de segunda mano, en óptimo estado. La dicha de tenerlo consigo le duró tres semanas, ya que pronto cayó en la cuenta de que restaban cinco mil pesos para liquidarlo por completo. El dueño del violín agradeció la sinceridad de Jonás y le devolvió la plata abonada. En otra ocasión, Jonás tuvo que empeñar un acordeón italiano, regalo de su padre unos años antes de irse a estudiar actuación en la ciudad de los palacios. Lo empeñó para completar el pago de la renta del departamento donde vivía. Meses después Jonás se lamentó al darse cuenta de que la fecha para rescatar el acordeón ya había vencido. Luego, entró en calma cuando recordó que el dichoso acordeón tenía algunas teclas pegadas por exceso de humedad, y era imposible lograr tocarlo en modo decoroso. Ni hablar de repararlo, era un gasto que excedía su presupuesto de actor recién salido del horno escolar.

Varios años después, ya de retorno a su tierra de la tuba y alfajor, Jonás se compró una flauta de metal, de segunda mano, en la tienda musical de Rafa, un compañero de la prepa. De buen precio, pero con el detalle de que algunos corchos estaban en mal estado, y esas notas sonaban sucias. Una vez más, la reparación del instrumento estaba fuera de su alcance. Entonces Jonás le regaló la flauta a un joven estudiante con la condición de que la mandara reparar.

Ahora, en pleno verano, era la ocasión perfecta para resarcir esos fallidos intentos, esas instrumentales peripecias, valga la expresión. Armado de valor, Jonás se acompañó de su hermano menor para visitar la tienda musical más cercana de la casa paterna en North Hills. Con los cuidados propios del caso, mascarilla y sana distancia, entraron a la tienda que ofrecía tres opciones de flautas traversas. Jonás se decidió por la opción intermedia en cuanto al precio, una reluciente flauta metálica color plata, marca Jean Baptiste, colocada en tres partes en su estuche azul marino. De inmediato, Jonás se dio a la tarea de ver tutoriales en Youtube. Pensaba hacerla sonar de golpe como lo hacía con la flauta dulce en tiempos de la secundaria. Pero cuál no sería su sorpresa al darse cuenta que la flauta transversal requiere un tipo de respiración distinta a la habitual. Hay que respirar por la boca en breve lapso de tiempo, y sacar el aire con cierta potencia, y dirigirlo sostenidamente hacia abajo para lograr un sonido uniforme y de buen volumen. La correcta embocadura es clave para una buena interpretación.

Han pasado tres meses y Jonás apenas ve ciertos alcances en su empeño como flautista. Al menos, oh consuelo, ya puede sonar la escala cromática en el registro grave. Y ya practica su primera melodía, el hermoso tema de *Romeo y Julieta*, del inmortal Nino Rota. Los días del otoño angelino han renovado el ánimo de Jonás en este confinamiento interminable.

A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)
XXIV

La sífilis traída por los españoles a México I

Ramón Moreno Rodríguez*

C aía la tarde cuando por fin se ordenó hacer un alto. Se detuvieron en una mesa poblada por un cerrado bosque de pinos que empezaban a blanquearse por la nieve. En aquel lugar, que con los años llegó a llamarse Río Frío, pasaron el resto de las horas que le quedaban al día, temblando por la nevada. Ante los confusos informes de las avanzadillas se decidió dar por concluida la jornada y posponer para el día siguiente la bajada a los lagos. A Pedro de Maluenda se le ordenó hacer la vela prima en compañía de un tal Monsaraz, uno de los nuevos. Y la hizo, y no sólo esa, sino la siguiente y aún la del alba, que temía quedarse dormido y se le helara el corazón de tanto como le había calado la humedad.

En el llano o mesa en que quedaran a pasar la noche había los restos de un puesto de vigilancia y posta de los mexicanos. En aquel claro sólo quedaban unas chozas y unas techumbres cónicas. No lejos de aquellas cubiertas, donde se resguardó el matalotaje, estaba un pozo de agua y más allá el bosque, cuya blanca cubierta de nieve quedaba disimulada por la profunda oscuridad nocturna.

Los dos españoles se internaron entre los árboles, durante los recorridos de vigilancia, siguiendo las breves sendas forjadas por los humanos o las bestias. Pero después de un corto tiempo, Monsaraz, agitado, insistía en que regresaran a su puesto, ya para calentarse un poco en la hoguera, ya para comer algo, ya para descansar. A Maluenda le causaba un secreto placer descubrir el cauteloso temor que creía ver en el pálido rostro del nuevo advenedizo. No tema vuesa merced de los indios, que aunque fieros parezcan sus visajes e gritos, a la verdad, no son sino unos gatos que arañan, pero presto salen huyendo dando bufidos, decía Maluenda mientras se aproximaban a la hoguera y Hatebey les entregaba unas jícara con agua hirviendo en que desleían unas bolas de maíz.

Los esclavos de Monsaraz se aprestaban solícitos a llevarle una silla de camino y una gruesa manta. Entonces, sosegado, a la luz del fuego, respondió con pulso tembloroso, mientras bebía el brebaje que muy bien le calentaba las entrañas: a fe mía que no temo a los indios, que tan mal aperecidos están para la guerra, como los guanches. Sepa vuesa merced que no había yo cumplido los dieciocho años cuando desde Vizcaya viajé a las Islas Afortunadas y tuve en suerte luchar junto a don Alonso de Lugo en la conquista de Tenerife, y más de una vez puse mi vida en el tablero y ni las galgas ni las picas de los guanches o indios de allá pudieron medrar en mi persona; mas ahora ando malo, que desde llegué a estas tierras se me han recrudecido unas dolencias que para mis penas el Señor me ha dado tan recias y vergonzosas. E no digo más, que en estando bueno, yo habré de mostrar la fuerza de mi brazo y el arrojo de mis atos, e no habrá indio que me resista ni castellano que no me loe.

Pedro de Maluenda lo miró a los ojos, y hasta entonces empezó a comprender cosas que aisladas eran inocuas, pero unidas por la suspicacia le mostraban el peligro. Y siendo como era, tan hábil para ver venir los apuros, se puso de pie alejándose un poco de su nuevo amigo y con más precaución que curiosidad dijo:

Pues diga su merced qué le ha traído a esta aventura, que yo, estando enfermo, no iría a la guerra e, en cuanto a lo vergonzoso de sus males, no pare mientes en ello, que puede confiar en mí, que nada que no haya vido aquende estas tierras podría ahora escandalizarme.

Quiero decir que su merced habrá advertido que no viajo caminando, que mis esclavos me llevan y me traen por estos fragorosos caminos, e a más dello, habrá vido que la color de mi piel no es blanca, sino algo parda, e no es esto porque haya en mis antepasados algún moro, pues blanquísima era, que en Sevilla dejé mis probanzas de limpieza de sangre. Además desto, advertirá en mi cara estas marcas, que no son, aunque parezcan, reliquias de las viruelas, sino otra cosa muy deferente.

Ya veo todo eso, pero no entiendo cuáles son vuestros males, que muchos viajan en andas e no es porque estén enfermos. En cuanto a lo de la cara, nada hay de raro en ello, que todos lo hemos padecido de jóvenes, así que no tenga

pena su merced y dígame qué lo aqueja, que yo sabré guardalle el secreto.

Por la virgen del Pilar, os ruego que no digáis a persona alguna lo que agora vos diré, que temo las burlas e la dejación de los negocios que acá me han traído si esto llegara a saberse. Añoiso estoy, y no quiero que el último viaje de mi vida termine mal. Presto vine y para ello fice una empresa, para facerme harto más rico. Confío en Dios nadie ni nada me lo impida. Pero dicho todo en una palabra os diré que hace más de veinte años que padezco de pudendagra, e más de una vez me he creído salvado de tan grande maldición, pero a cada tiempo vuelven mis males y convierten mi vida en un infierno, e agora, hacía más de tres años que libre estaba, pero andando en aquella tierra caliente de la Vera Cruz –y la calor es culpa dello– he vuelto a sentir cómo un humor me sube por todo el cuerpo, y luego empiezo a sudar frío, y todo acaba aquí, pero sólo es el primer aviso de lo que en breves días ha de arreciar, y con esta caminata que me habéis fecho facer he comprobado que el mal me viene ya, y presto me agravará, e pronto no han de parar mis dolores, ni yo daré paso alguno sin que me torturen mis coyunturas, ni alce un brazo sin que sienta que me lo desprenden.

No está en el ánimo de este narrador juzgar el gran temor que anidó en el corazón de Pedro de Maluenda, pues no comprende cómo, habiendo vivido tantas cosas tan terribles, venga ahora a aterrorizarse por una extraña enfermedad que sólo está en las palabras, porque en concreto no veía nada. Pero ese fue el hecho. El aragonés se estremeció ante tan grave confesión, y quizá intimidado por la soledad del paraje, lo frío de la noche o el inminente ataque de los mexicanos, con un gesto de asco dijo: a fe mía señor, que no os entiendo. Puesque sois rico, es algo que nadie dubda aquí, ¿para qué queréis haceros con más riquezas? Dejad eso para los pobres, que aquí todos lo semos, aunque algunos presuman de una Cruz de Santiago que nunca se han ganado –y Maluenda rió para sus adentros pensando en su patrón Pedro de Alvarado–. Si yo fuera de hacienda notable jamás vendría a estos lejanos reinos, y menos lo haría sabiendo que estoy enfermo. En cuanto a lo de vuesa enfermedad, voto a mil que jamás había yo oído mentar tal nombre, pero si se llama como decís, y algo tiene que ver con la pudicia, juro que os creo que sea vergonzosa. Venid acá y decime, ¿es que acaso tenéis diviesos por algún lado? –Y señaló con el dedo la entrepierna de su nuevo conocido, a quien ahora se negaba a pensarlo como un amigo, ni siquiera como a su esclavo, que tampoco era su amigo, aunque algunas consideraciones le tenía–.

En cuanto a lo primero –dijo el enfermo– os diré que habéis razón: rico soy. Pero esta terrible maldición que el Señor ha lanzado contra mí, me ha dado la buena suerte de conocer un físico muy afamado, marrano sí, pero muy sabio, que me ha curado y me ha quitado más de una vez mis cuitas. Pero obstinado como es, ha hecho con mi persona y mi cuerpo muchas y muy graves curaciones y esprimentos, e a resultas dellos mirad lo que me ha pasado –abrió la boca y junto con su hálito descompuesto mostró la carencia de muchos dientes–. E no lo culpo, que yo aceté tales curas de azogue, que es lo único que se conoce que puede aliviar mi enfermedad, pero tan bravo es que junto con el mal, mata a las personas y sin dientes y sin pelo me han dejado los tales baños y vapores. En cuanto a lo sigundo, os diré que no andáis tan errado, pero no son diviesos, quesos se curan fácil con un poco de alumbre y pacencia. Quiero decir que yo empecé mis males con otro tipo de incordios, e no en las ingles, sino do más pecado había, que desa manera el Señor ha marcado a todos aquellos que cometemos tales bellaquerías, e no me hagáis explicar más, os lo ruego.

**Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.*

ramonmr.mx@gmail.com

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Costumbres

Carlos Caco Ceballos Silva

PRIMAVERA 1989.- En aquellos bellos tiempos, nos curaban con sinapismos, lavativas, tés y cataplasmas. Hoy, vamos al sanatorio, donde entre radiografías, análisis, especialistas y recetas nos sale más caro el remedio que la enfermedad, y nos morimos igual en Colima que en Guadalajara o Houston.

En los bancos, a los que no pagaban les decían sinvergüenzas y bandidos; ahora, se les llama sujetos faltos de liquidez.

Allá por los años veinte, raro era el niño que no era obediente y feliz con sus padres; ahora es raro el infante que es servicial y cumplido con sus progenitores. Anteriormente, cualquier festividad religiosa o cívica era festejada con cohetes, cámaras, y morteros; posteriormente, las autoridades reglamentaron esos ruidos, pero ahora vuelven posiblemente para estar al tono con la próxima *Guerra de las galaxias*; y a propósito de ruidos, antaño soportábamos los cohetes y los armoniosos de las besuconas, grillos, y mayates, pero hoy, son los terribles headers, mofles, autoestéreos a todo volumen, y en alguna ocasión personas con fervor religioso tratan de “sacar al buey de la barranca” cuando el cielo todavía está estrellado.

En aquellos días, los novios platicaban de 8 a 10, separados por una reja; ahora la reja sale sobrando y la plática es de las diez en adelante. En aquellos lejanos días se llamaba pan al pan y vino al vino; ahora, el *pan* es partido político y el vino es obviamente. Los gobernantes del tiempo de don Porfirio, al saber de las quejas de las mayorías, a las mazmorras iban a parar los líderes de los quejosos; ahora, escuchan las quejas y sugerencias sin atenderlas ni tomarlas en cuenta, pues la única voz buena para ellos es la del amo (la del gobernador), como en el antiguo anuncio de la Víctor (el perrito con la orejita pegada a la bocina).

Recuerdo que hace años comulgaban 50 hombres y 50 mujeres, ahora se acercan al altar 95 damas y 5 caballeros, ¿será que con el tiempo los varones nos estamos acercando a la canonización? Por aquellos días en burros y en cántaros nos traían el agua fresca desde los manantiales de la Huerta de San Miguel, con bichos visibles; ahora nos la entregan tibia y en garrafones, con similares bichos, pero invisibles.

Por los años treinta, los alumnos del sexto salían sabiendo más que los actuales bachilleres, y ahora los que salen de la preparatoria lo hacen con escolaridad de cuarto de primaria, salvo las honrosas excepciones. Con los vestidos de mi época se imaginaban las formas de la mujer, y ahora con las prendas actuales se admiran las mismas y se imagina lo mejor. Las películas en “A” eran las propias para los infan-

tes, ahora son las preferidas de los abuelitos. Cuentan que las primeras ferias eran totalmente religiosas y se realizaban en las afueras de la parroquia, hoy la Catedral, y por la afluencia de fieles que era toda la población y sus alrededores, se colocaban en las salidas vendimias y artesanías, y así fue por muchísimos años hasta que las autoridades hicieron el cambio a un solar a espaldas de la parroquia, hoy jardín Torres Quintero, y nuevamente de ahí, debido al aumento de vendimieros y puesteros, se cambió la localización al jardín Núñez, cambiando con esto el aspecto de religioso a popular; estando ahí, fue cuando se oficializó su organización y desarrollo en tiempos del gobernador Campero.

Dicen que las mujeres de antaño eran económicas, cariñosas y sufridas, y que ahora son calculadoras, gastadoras y castigadoras. Aseguran los viejos que por aquel entonces los mercados eran abastecedores de toda la gente, y que ahora son una especie de bolsa de valores con el antifaz, de tianguis.

En la época de don Porfirio, tan criticada por los políticos actuales, a los que abusaban de los pobres se les llama caciques, encomenderos o capataces, hoy se les conoce a los expoliadores de los campesinos y obreros (salvo contadas excepciones) simplemente como líderes. Democracia (demos=pueblo, cracia=poder), palabra hermosa y de gran significación, practicada en forma muy singular en nuestro país: Anteriormente los funcionarios eran elegidos por el Presidente de la República, ahora son designados los precandidatos por el mismo personaje, pero a través de los sectores, obrero, campesino y popular, y con el apoyo del invencible PRI que desde luego no pierde, y el pueblo, como dice el “chinito”, “nomás *milando*”.

El poder adquisitivo de las mayorías, gracias a Dios, me refiero a Colima, ha mejorado sensiblemente; antes, solamente los potentados y el señor gobernador tenían “chispas” y carretelas, que posteriormente se llaman coches y hoy gozan del privilegio de andar y correr sentados, grandes núcleos de la clase media.

Estas líneas de costumbres, de ninguna manera quieren decir que los tiempos pasados fueron los mejores. En aquellos lejanos días existían las dificultades, desconciertos, inconformidades y abusos igual que ahora, con la ventaja que en la actualidad los bailes, festividades, paseos y espectáculos son compartidos en forma más general, democrática y liberal que en aquellos lejanos tiempos.

Y así como cambian las estaciones y las aves su plumaje, también las costumbres se van, pero estas para los nostálgicos y románticos se convierten en bellos recuerdos y añoranzas agradables.

* Empresario, historiador y narrador. †

Dorar la píldora

Con el Premio Nobel de Literatura ganamos todos

Mónica Lavín

En medio de la sinrazón, del desdén a las ciencias y las artes, de la imposibilidad del diálogo, el anuncio de los recientes Premios Nobel descubre las cortinas del horizonte porque celebran la hazaña humana en el conocimiento y en las posibilidades de la expresión artística. Gracias al Premio Nobel de Literatura podemos leer otras tradiciones, reconocernos en su universalidad, conmovernos con los temas profundos que nos atañen y afirmar con alivio que todo ello es más abarcador, más vasto que la inmediatez política y la división como una forma de gobernar en algunos países.

Mientras el presidente Trump se ríe de la amenaza mortal del Covid-19 abandonando el hospital antes de tiempo, desdeñando el cubrebocas y sintiéndose un superhéroe, su connacional Louise Glück, poeta nacida en 1943 en Nueva York que actualmente vive en Cambridge, Massachusetts, es elegida como el Premio Nobel de Literatura en el 2020. No es un año cualquiera y su poesía, que tiene que ver con la vida y la muerte, con la oscuridad y los mitos, con las relaciones familiares, la infancia, con envejecer y habitar un cuerpo mermado en sus capacidades y un cerebro que puede complicarse en su pesca de palabras, es celebrada por su austera intimidad.

Yo no la conocía, pero mis amigas poetisas sí, como lo supe cuando el chat que tenemos un grupo de escritoras se llenó de la poesía de la galardonada: poemas en español, poemas en inglés. Sin vernos, sin siquiera oír nuestras voces, celebrábamos —desde distintas trincheras, las que ya la habían leído y reconocido su altura y las que descubríamos una mirada y una manera de nombrar— a la poeta premiada. Es cierto que también nos produjo regocijo el que fuese mujer, es cierto también que esa decisión balanceaba la ostentación de la ignorancia de

una parte del país vecino. Dice la poeta que la noticia la tomó por sorpresa, no imaginaba que siendo blanca y estadounidense pudiera ser candidata.

Me doy cuenta que descubrir un escritor, como un músico, como un artista plástico, es de alguna manera ser otra vez Cristóbal Colón atisbando una isla de América, o el capitán Scott llegando al Polo Sur, o Magallanes cruzando del Atlántico al Pacífico, o Hernán Cortés pasando entre el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, o Armstrong pisando la Luna. De la mano de un escritor se descubre una región inexplorada, se estrenan asombros, se revelan sensaciones. Las palabras muestran su capacidad topográfica, su aroma y su fuerza, a veces transformadas en otras por sus impensables alianzas, para taladrar la epidermis. Enfrentamos el espejo, el alcance del telescopio, la fineza del microscopio: esa cualidad óptica de la palabra escrita. Dan ganas de gritar “tierra a la vista”, porque estamos ante la posibilidad de aventurarnos, disponernos a los riesgos y a salir vivificados en la zozobra de nuestra condición mortal.

El efecto de un premio Nobel que no había sido leído más que en su lengua lo lleva a cualquier rincón del mundo; a sonar en japonés, en checo o en español. Esta vez la poeta multipremiada ha sido traducida con anterioridad al español, como nos lo hace saber Myriam Moscona, que conoce a Mirta Rosenberg, una de sus traductoras, en esa tertulia virtual donde los intercambios alrededor de la lectura y la escritura siempre refrescan y disuelven diferencias de opiniones, ahora podremos tener toda su obra el alcance, será patrimonio de muchos. Si la poesía tiene pocos lectores, el Premio Nobel debe atizar la curiosidad de muchos más. Abona al misterio de la vida y a las preguntas que nos persiguen desde todos los tiempos. Louise Glück es ahora parte de la conversación.